



#### REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XXII.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 14 de Diciembre de 1875.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

#### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Establecida por esta Administracion una imprenta propia para que el periódico no sufra en adelante retraso alguno, y para poner los números al corriente en un corto plazo, la Redaccion ha cambiado de local, trasladándose á la calle del Darro del Campillo, núm. 15, donde en adelante se dirigirá la correspondencia y las reclamaciones.

#### SUMARIO.

Nuestra Señora de la Merced, por G. M. y G. de la I.—El amor de los amores, poesía.—¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—Tres dones, poesía por D. José Selgas.—La Virgen de la Esperanza, leyenda por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—Seccion infantil, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.

#### NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

##### I.

##### La vuelta del cruzado.

Declinaba ya la tarde de un hermoso día de otoño, y en los valles se empezaba á sen-

tir la humedad producida por el crepúsculo. cuando un caballero, que largo rato hacia iba costeando las orillas del Mediterráneo, se introdujo por fin en una garganta profunda que serpeaba entre dos prolongados ribazos cubiertos de pinos. Se advertía en el caballo, lo mismo que en el jinete, pobreza y cansancio, y que su viaje habia sido largo; pero en cambio de su traje estropeado, de su casco empañado y de su coraza enmohecida por la lluvia, la más radiante alegría se manifestaba en el semblante del caballero, que cada vez más impaciente agujoneaba á su corcel para llegar cuanto antes al término de su viaje; miraba con placer aquel camino cuyos menores rincones parecia le eran muy conocidos. Entregado á ideas á la vez tristes y placenteras que hacían asomar la sonrisa á sus labios y las lágrimas á sus ojos, se hablaba á sí mismo, y en esta agitacion, al dar una vuelta al camino, se detuvo ante una pequeña imágen de la Virgen María, colocada en un nicho medio arruinado; apeóse, y poniéndose de rodillas y las manos cruzadas, hizo en voz alta esta fervorosa oracion:



«¡Madre de Misericordia! Vedme ya de vuelta sano y salvo en mi patria; os prometo cumplir el voto que os hice al partir para la guerra santa; levantaré aquí una capilla y un hospicio para los peregrinos, y vendré todos los años á visitar vuestra sagrada imagen; en ese mismo día socorreré con toda devoción á treinta y tres pobres en honra y memoria de los treinta y tres años que vuestro Santísimo Hijo se dignó pasar en la tierra con los hombres. Virgen Maria, favoreced á vuestro pobre servidor.»

No sin motivo Berenger de Elvar daba gracias á Dios que acababa de librarlo de un sin número de peligros; como fiel vasallo habia seguido al santo rey Luis en la cruzada, y habiendo sido herido en la batalla de Mansourah, se vió reducido á sufrir un penoso y duro cautiverio en poder de un emir egipcio, y no recobró su libertad sino cuando el rey de Francia pagó por su rescate, por el de otros servidores suyos, y el de su propia persona, un millon de «besantes» de oro y la entrega de Damietta. Volvia, pues, Berenger á la Provenza, á la casa paterna por la que tanto habia aspirado; volvia pobre de bienes, es verdad, pero con la esperanza de que en el hogar doméstico encontraria la abundancia y la riqueza; estaba abrumado de fatiga; pero los tiernos cuidados de su madre y de su hermana le volverian sus perdidas fuerzas; la idea del gozo que estas dos personas queridas iban á experimentar al verle aumentaba ya el suyo; pensaba tambien en el que tendrian sus antiguos criados que lo habian visto nacer, y se acordaba hasta de las caricias que le haria su leal perro Leon, que con sus aullidos de alegría anunciaria sin duda la vuelta de su amo.

—¡Vamos, valiente! decia á su caballo; ¡ánimo! que pronto llegaremos; tendrás buena cuadra, pienso abundante y halagos de los picadores y escuderos que te cuidarán bien; vamos, avanza, que ya llegamos.

El fiel animal, como si hubiese comprendido los deseos de su amo, tomó un trote largo, y muy luego el jóven viajero empezó á divisar la sombra oscura y gigantesca del castillo de Elvar, á cuya vista palpitó su corazon, quedando sin embargo muy sorprendido de no ver alguna luz en las ventanas, ni sentir el menor ruido en las murallas. Se detuvo un momento para asegurarse, y nada oyó.... Tal vez estarán en las habitaciones que dan al Norte, se dijo á

sí mismo, mi padre jugando al ajedrez con el capellan, mi madre y mi hermana hilando en sus ruecas, y los criados durmiendo; voy á sorprenderlos á todos á la vez. Al decir esto tomó la corneta que pendia de su cintura, y la hizo sonar como acostumbraba cuando en otro tiempo volvia de caza; nadie contestó. Lleno de inquietud y de impaciencia se adelanta; el puente levadizo estaba echado á pesar de lo avanzado de la hora; Berenger lo pasa; ni en la oscura bóveda que sostenia la torre del castillo, ni en la entrada de este encontró criados ni escuderos: llamó; el eco de las murallas repitió su voz; se adelantó hácia el patio, el mismo triste silencio, la misma profunda oscuridad, la más absoluta soledad.

—¡Dios mio! se dijo á sí mismo; ¿qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí en mi ausencia?

En este momento los rayos de la luna, rasgando los densos velos que la cubrian, penetraron por entre las nubes é iluminaron el castillo de Elvar; sobrecojido Berenger de un secreto é inexplicable terror, echó una rápida mirada alrededor suyo, y le pareció que la sangre se le helaba en las venas al observar el cuadro desolador que se presentó á su vista; el castillo estaba arruinado, los tejados hundidos, las anchas ventanas despojadas de madera y cristales, el gran patio sembrado de escombros por todos lados, muebles esculpidos, ricas armaduras, pergaminos rasgados, cuadros destrozados, todo yacia diseminado y destruido por todas partes; solo las fuertes murallas, en las que aun se advertian señales de fuego, habian podido resistir los estragos del incendio y del robo. Al aspecto de tan triste espectáculo, Berenger se apeó precipitadamente de su caballo, y lleno de zozobra, de impaciencia y de dolor, saltó por una ventana, cuyas maderas se hallaban rotas, sin duda por manos enemigas, y se encontró en una de las salas de armas, donde en otros tiempos se ejercitaba en su manejo con su padre y sus antiguos criados...

—¡Padre mio! exclamaba en alta voz. ¡Padre mio! ¿dónde estais?... ¡Madre mia! ¡hermana Alicia!... respondedme!

—¿Quién llama? ¡Eh! buen amigo, dijo una voz que parecia salir de un rincon de esa misma vasta y oscura sala; ¿qué queréis? ¿á quien buskais?

Berenger se dirigió precipitadamente hácia el punto de donde se dejaba oír la voz, y alargando su mano se encontró con el bra-



zo de un hombre cubierto con un sayal de pelo de cabra.

—¿Quién sois? dijo el joven caballero, conduciendo al desconocido hacia la ventana, alumbrada por la luna.

Los dos se miraron á la vez.

—¿Sois vos, mi señor? exclamó el desconocido cayendo de rodillas á los pies de Berenger, ¡vos vivís todavía! ¿no me conocéis? Soy yo, Santiago el Rojo, el cabrero con quien jugábais cuando érais niño.

—Ya te conozco, sí, mi buen Santiago; pero dime, ¿qué ha sucedido aquí en mi ausencia? Mi padre, mi madre, mi hermana, ¿dónde están?

El cabrero se levantó, y como horrorizado y con la expresion del más profundo dolor, estrechando la mano á su señor, le dijo con emocion:

—¡Vuestro padre, vuestra madre, vuestra hermana la señorita Alicia!... todos han muerto, todos han sido asesinados por Juan de Melfort, antiguo enemigo de vuestra casa... todos están enterrados allá abajo en la capilla!

Berenger no podia sostenerse, las piernas le flaqueaban y se vió precisado á arrimarse á la pared, fijando sus ojos desencajados en Santiago; éste continuó:

—Se creia habíais muerto en Mansourah... Melfort, no temiendo ya vuestro regreso, se arrojó aquí como un bandido, como un ave de rapiña, y asesinó á vuestros colonos, á vuestros criados, pajes y escuderos... Vuestro padre, mi señor, murió defendiendo á su hija; ésta cayó herida de muerte al golpe de una flecha, y vuestra madre sucumbió del dolor que la causó esta desgracia.... Los miserables cómplices de Melfort no se saciaron en estos crímenes; saquearon además el castillo, y dejaron los cadáveres sin sepultura, pero los religiosos benedictinos que acudieron en seguida los enterraron á todos en lugar sagrado.... A mí me dejaron por muerto en ese rincon del patio, ahí; pero despues me levanté, se curaron mis heridas, y he continuado con mi pobre ganado habitando la casa donde me habia criado, y cuyo pan habia comido desde la infancia. A deciros verdad, yo nunca creia que hubiéseis muerto, siempre conservaba la esperanza de volveros á ver, os esperaba, queria deciros....

—¿Qué?

—Que Juan de Melfort tiene nn castillo, una esposa y una hija... y que debeis vengaros.

## II.

Pedro Nolasco.

La aurora del siguiente dia empezaba ya á extender sus fúlgidos rayos sobre la tierra, cuando un hombre vestido con una sotana blanca y un escapulario, sobre el cual brillaba un escudo de gules y de oro, se adelantaba por el camino de Elvar; andaba con paso lento pero seguro, mirando con cierto placer los copudos árboles, las colinas entapizadas de verde y las corrientes de agua que se despeñaban por entre las rocas cubiertas de musgo; de vez en cuando repetía á media voz algunos versículos del Salmista, elogiando con el rey profeta al autor de todo lo criado. Habiendo llegado cerca de las murallas del castillo, se quedó contemplándolas, y lamentándose de ver aquella morada que no era sino un monton de ruinas; «entremos, dijo, en la capilla, y roguemos un momento sobre estos sepulcros abandonados.» Atravesó aquel puente que los soldados no guardaban ya, entró en el patio grande, y quedó sobrecogido de admiracion al ver un joven que, sentado en un banco de piedra, miraba silencioso y triste las ruinas de que se veia rodeado: era Berenger. El religioso, por un impulso de pura caridad, se dirigió á él y le dijo:

—Hijo mio, ¿qué haceis aquí en este lugar desierto? los dueños de este castillo no existen ya.... Pero advierto que estais pálido y al parecer cansado ... ¿os sentís enfermo? hablad; si estais desfallecido y débil, yo llevo pan é higos en este saco, y si padecéis algun mal tambien entiendo algo de medicina.

Mientras el buen religioso se expresaba con esta tierna solicitud, Berenger habia levantado lentamente la cabeza, y arrojando sobre el que le hablaba una mirada fria, serena, y más terrible que pudieran ser los gritos de un desesperado:

—Yo soy Berenger de Elvar, le dijo.

—¿Es cierto, hijo mio, exclamó el religioso, que vivís todavía? ¡Ah! sin duda el Señor os ha conservado para que experimenteis pruebas más duras; pero creo que vuestro valor y vuestra fé os harán superior á ellas. Pero ¿qué haceis aquí? Teneis parientes y amigos que se alegrarán muchísimo de volver á veros y se considerarán dichosos de recibirlos en sus casas. Hijo mio, creedme, dejad estos tristes lugares cuyo aspecto solo sirve para avivar vuestro justo dolor. (Continuará).



## EL AMOR DE LOS AMORES.

## (CONCLUSION.)

Mas la princesa con dolor clamando  
los brazos ¡ay! hácia la vos tendiendo:  
«Espera, espera» repitió llorando.

Y «espera» el aura en derredor gimiendo,  
como suspiro que se extingue blando  
fué á lo lejos *espera* repitiendo.

Y allí sentada sobre el mármol frío,  
tiende en su angustia la infeliz princesa  
los bellos ojos que le empaña el llanto  
por la ancha vega.

A nadie alcanza en el espacio vasto  
que ante su vista por doquier se ostenta,  
nadie que en busca de la triste y sola  
rápido venga.

Nadie aparece en los senderos largos  
que blanquinosos entre el verde ondean,  
ni un punto ó sombra que su duelo calme  
mientras se acerca.

Nadie; y la triste en su dolor acerbo  
hunde en las manos la gentil cabeza  
y.... «¿á dónde clama, volveré los ojos  
sola en la tierra?

«La tarde tiende sus vistosas nubes  
que el sol de ocaso con su luz jaspea,  
y el polvo de oro que llenó el palacio  
con él se aleja.

«El ave busca su caliente nido,  
la brisa el ala payorosa pliega,  
la flor se inclina sobre el débil tallo,  
la noche llega.

«Y yo, cuitada, en desamparo tanto  
ni un techo tengo que albergarme pueda,  
ni á dó volver los contristados ojos,  
sola en la tierra!

«Tórtola amante que en la copa anidas  
del triste valle que la fuente riega,  
vuelve y demanda al que constante adoro,  
por qué me deja?

«Auras amigas que el perfume blando  
del valle alzais á la region etérea,  
id á decidle que sin él no tiene  
mi angustia tréguia.

«Sin él no encuentro ni en el sol más puro  
de luz destellos, ni en la flor esencia,  
palma del alma que sin él vé solo  
luto y tristeza.

«Cual yedra erguida que al perder su arrimo  
muere, y marchita sobre el polvo queda,  
id á decirle que me veis muriendo  
sola en la tierra.»

Claro, vibrante y sonoro  
cual respondiendo á sus quejas,  
de una campana el tañido  
se alzó rasgando la esfera,  
á tiempo que dulce y grave  
música que al alma llega,  
de seráfica armonía  
el aire adormido llena.

Volvió con afán los ojos  
la enamorada princesa,  
y alzándose de su asiento  
cruzadas las manos bellas,  
y las lágrimas que vierte  
en las mejillas suspensas,

absorta escucha un instante  
con deliciosa sorpresa.

Así entre gotas de lluvia  
que el sol en diamantes trueca,  
el iris de la esperanza  
puro y radiante se ostenta.

«Ven, ven,» parece decirle  
con su metálica lengua  
la campana, que en los aires  
con son amigo resuena.

«Ven, ven,» las dulces plegarias  
que con la música vuelan;  
«ven,» no aguardes que la noche  
su imponente sombra tienda:  
«Ven,» donde abrigo hallarás  
paz, esperanza y ternura,  
sin que te encuentres cual hoy  
sola y en extraña tierra:  
y de emoción palpitando  
como la corza sedienta  
que el grato murmurio escucha  
del agua que ardiente anhela;  
los umbrales trasponiendo,  
el cancel empuja trémula  
que apenas paso le dá  
ruidoso á su espalda cierra;

Y como si el rudo golpe  
señal de silencio fuera,  
suspendiéronse de pronto  
las melodiosas cadencias,  
y soledad, calma y sombra  
cercándola por doquiera,  
el llanto tornó á sus ojos  
y al corazón la tristeza,  
repitiendo en su amargura  
en llanto acerbo deshecha,  
«¡cuitada de mí! ¿qué aguardo  
sola y en extraña tierra?»

Mas abarcando con tenaz mirada  
la extensión vasta del desierto templo,  
contuvo el llanto y se quedó asombrada.

Las luces de la tarde, no pudiendo  
las sombras dominar que en él reinaban,  
se iban á la techumbre recogiendo,  
la cúpula aclarando solamente,  
como aclara del mártir la aureola  
con divino fulgor la pura frente.

De un mar de nieblas tras el denso velo  
aquí y allá las lámparas se vian,  
cual místicos astros que en nublado cielo  
sin aclarar la lóbreguez lucían.

Los simétricos grupos de columnas  
mudos atletas que la cimbría osada  
de la grandiosa fábrica sostienen,  
por la nave anchurosa dilatada  
proyectan á los tímidos reflejos  
de las luces distantes  
sus contornos de sombras vacilantes,  
que con otros se agrupan á lo lejos.

Los altos muros de color sombrío,  
las esculturas que sus huecos llenan,  
que más bien que se miran se adivinan;  
aquel silencio sepulcral y frío,  
de la tarde las luces que declinan,  
y al pasar de los góticos cristales  
los matices opacos, desiguales,  
su alegre brillo truecan en austero,  
para mostrar que en la morada santa



todo grave ha de ser, todo severo.

Aquel rayo de sol que aun abrillanta  
algun punto saliente,

y que en líneas blancuzcas se adelanta  
hasta extinguirse en el opaco ambiente,

la princesa contempla en su amargura  
y lenta avanza por la nave oscura;

porque al ir avezándose sus ojos

á las tinieblas que su espacio pueblan,

presume ver ante el altar de hinojos,

blanca, inmóvil, callada,

como apariencia de mujer velada:

y á ella encamina el receloso paso,

y á la luz de una lámpara que brilla

ante aquel ara, con fulgor escaso,

su traje observa de color de nieve,

su hermosa faz que medio oculta leve;

sus manos juntas con piedad sencilla

y como el labio en su plegaria mueve.

Venciendo entonces su primer asombro,

un paso avanza y á tocar se atreve

la holgada tela que le cubre el hombro

preguntando anhelante á la que ora:

«¿en dónde estoy (y perdonad que os turbe)

«¿quereis decidme por piedad, señora?»

Alzase la que oraba, y con sorpresa

un instante mirando á la princesa,

su ropaje extrañando y su hermosura

con un recelo que vencer procura;

—«¿Quién sois? la dijo con mirada austera,

«¿por qué cual flor que trasportó una ola

«á lejana ribera,

«llegais aquí tan apenada y sola?»

—«¡Ay! suspiró la enamorada jóven;

«rey es mi padre de grandioso estado,

«feliz, rica y amena

«mi senda fué mientras viví á su lado;

«mas todo ayer lo abandoné sin pena

«por seguir al que adoro,

«que al llegar de esta casa á los umbrales,

«espera aquí, me dijo suspirando,

«y en vano en ellos de tristeza llena

«hora tras hora le esperé llorando.»

—«¿Y á dónde el paso dirigís ahora?»

—«¿A dónde irá quien su camino ignora?

«cual ciega avanzo sin aquel que adoro.

«Espero aquí, le respondió mi anhelo,

«y aquí le aguardo y su tardanza lloro;

«¿á dónde ire sin él?»

—«Calmad el duelo.

«Triste es la causa, y vuestra pena ruda,

«mas si á la sombra de lugar tan santo

«espera, os dijo, volverá sin duda;

«venid conmigo y enjugad el llanto.»

Y asíó su mano y la sacó del templo

llevándola á una estancia

que alumbraba aun el sol, que se ponía,

y de un huerto aromaba la fragancia

do jóvenes había

que al mirarla llegar la rodearon,

y que su extraña historia

con interés y lástima escucharon.

Mas alzando los ojos la princesa

grito desgarrador lanzó de pronto,

y con trémula mano

señalando magnífica escultura,

—«Mirad, prorumpe, al que aguardará en vano:

«miradle en esa cruz, fijo, sangriento,

«de espinas coronado.

«¡Él de grandeza y de beldad portentoso...!»

—«¿Qué osa decir...? Transidas de pavora

las vírgenes exclaman, mientras ella

que la verdad á comprender no alcanza

sigue con voz que al corazón tortura:

—«¡Cómo en tan breves horas tal mudanza!

«solo mi amor reconocer pudiera

«al que admiré de majestad tesoro;

«su faz era divina,

«azul su traje con estrellas de oro:

«su padre un rey que hasta la mar domina;

«una Virgen su madre... ¡Oh! ¿quién dijera

«cuando amante su reino me ofrecía

«que así encontrarle por mi mal debía?

Y de dolor imponderable presa

quedó postrada la gentil princesa.

Y la anciana abrazándola amorosa

así la dijo, de respeto llena,

mostrándole la imagen milagrosa:

—«Prosternad la rodilla,

«y alzad el alma de pavor agena

«ante el que veis del orbe maravilla.

«Más que dejais por él, os guarda amante

«que al desgarrar de vuestra mente el velo,

«cambiareis ese amor de un solo día,

«por el divino amor de los amores:

«que el que reino y amor os prometia

«en este mundo de miseria y duelo,

«para siempre sin penas ni dolores

«reino y amor os tornará en el cielo.»

## ISOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

### Novela de costumbres.

(Continuacion.)

—«¿Qué tranquila debe V. pasar aquí la existencia, exclamó Fanni dirigiendo una mirada en derredor, y abarcando en ella todo cuanto la rodeaba; ¡qué linda y alegre es esta habitación!

—«Sí lo es, murmuró Elena: y luego, á V. le debe parte de su alegría.

—«¡A mí!

—«Sí: desde aquí se admiran las flores de su hermoso jardín, y esto le presta nuevo encanto.

—«¿Le gustan á V. las flores?

—«¡Oh! ¿y á quién no?

—«Desde mañana yo cuidaré de que no la falten.

—«Es V. demasiado amable.

—«A menos que no tenga V. ya alguna persona encargada de llenar este dulce deber, murmuró la hija de Héctor, fijando una mirada maliciosa en su compañera.

—«¡Oh! yo....

—«Sería lo más fácil; una jóven tan linda....

Elena bajó los ojos ruborizada, pero no halló una sola palabra que contestar.

—«Veo que la trato á V. con demasiada franqueza quizá; franqueza que puede ser calificada de exagerada ó de mentida, y como esto no es así, voy á decirle una palabra que me disculpe á su vista.

—«¡Disculparla! y ¿por qué? ¿acaso la exce-





siva bondad necesita nunca disculpa?

—Es la vez primera que nos hablamos y yo..

Fanni vaciló un instante, pero después, acercándose más á la hija de D. Martín, la preguntó con voz cariñosa y triste á la par:

—¿Tiene V. madre, Elena?

—¡Oh! no, contestó la jóven con pesar; la perdí siendo muy niña.

—¡También soy huérfana hace muchos años! y yo creo que las que no conocemos los dulces halagos del maternal amor, por mucho que nos mime la suerte, tenemos siempre un vacío en el fondo del corazón!

—¿Es verdad!

—Yo por mí, rodeada de atenciones, de cuidados, de cuanto puede hacer dichos la existencia, y proporcionar el mejor de los padres, he derramado á veces una lágrima, sin explicarme la causa de ella; pero buscando la mano de mi madre para que pudiese enjuagarla.

—También yo, aunque arrancada de una suerte muy triste y amada hasta el extremo por el bondadoso anciano que es mi padre dos veces, he tenido momentos de angustia, pesares profundos que solo en el seno de una madre me hubiera atrevido á depositar.

—Los hombres no entienden ni pueden comprender esos pequeños secretos que no tienen nombre quizá, pero que al albergarse en el alma la entristecen ó la llenan de alegría, haciéndonos sonreír ó llorar, sin que sepamos evitarlo.

—Los años enfrían el corazón, y lo que una jóven juzga una verdad, es para los ancianos un delirio ó una ilusión!

—Y las personas asalariadas que nos rodean en vez de tomar parte en nuestros sentimientos, ó nos prodigan consuelos comprados, ó nos adulan y nos mienten.

—Tiene V. razón.

—Solo una amiga, una hermana, pudiera suplir en alguna parte la falta de una madre.. Elena, ¿ha tenido V. alguna hermana?

—No, no, ninguna.

—¿Quiere V. que lo sea yo desde ahora?

Elena quedó inmóvil y muda ante tan inesperadas palabras.

El acento de Fanni era dulce, suave, y sus ojos fijos en su rostro tenían tal expresión de cariño y ternura que la niña se sintió dominada por ella.

Además, ya lo hemos dicho: una irresistible simpatía la arrastraba hacia Fanni, desde el instante en que la vió, y la hacia amarla, á pesar de haber sospechado que podía reinar en el corazón de Ricardo.

Hay almas de ángel en las que no cabe un sentimiento de odio. Vasos predilectos que no pueden encerrar una sola gota de hiel: flores inmaculadas que no ocultan una sola espina! Elena era una de ellas.

¿Cómo, pues, resistir los impulsos de aquella amistad tan espontáneamente ofrecida?

Tendió su mano á la hija del banquero y la dijo con emoción:

—¡Con toda mi alma! ¿No es por ventura el de una hermana el afecto más tierno y más puro que puede ocupar nuestro corazón?

—¡Oh! ¡qué felicidad! exclamó Fanni con infantil gozo; ¡qué felicidad! ya tengo una amiga, una amiga del alma con quien compartir mis alegrías.

—Sí, sí, puede V...

—¡V.... V....! ese lenguaje no conviene al título que acabamos de darnos.

—Es que....

—Desde ahora llámame de tú, hermana mia.

Elena accedió, aunque con alguna timidez, al deseo de su nueva amiga, y desde aquel instante empezó á reinar entre ambas jóvenes la más dulce confianza.

Sin embargo, ni una ni otra pronunciaron el nombre de Ricardo.

Fanni, porque ignoraba que Elena le conociese, y como hasta entonces nada mediaba formal entre ella y Dervil, esperó á más adelante para hablar de él con su amiga.

Elena, porque más reservada en este punto que la hija del banquero, aguardaba saber algo por boca de ésta, y callaba hasta comprender lo que existía de verdad en sus sospechas.

Unidas, pues, en íntima conversacion, pasaron las dos algun tiempo.

Con las manos enlazadas, y las cabezas inclinadas la una hacia la otra, parecían dos flores nacidas de un mismo tronco y abiertas en una misma rama.

Y tan embebidas estaban en sus mútuas palabras, que no repararon en un hombre que las contemplaba desde lejos, con expresión de asombro, de terror y de duda.

Aquel hombre era Héctor.

Héctor, que con los ojos fijos y queriendo en su afán traspasar la distancia que le separaba de las dos jóvenes, las miraba sin cuidarse de enjuagar el sudor que empezaba á inundar sus sienes.

—¡Oh! murmuró al cabo; ¿Quién es esa jóven que habla con mi hija? ¿cómo se llama? ¿de dónde ha venido? ¿por qué su rostro se parece de un modo tan notable al rostro de ella? ¿de ella que sé que murió! ¡que murió hace muchos años... pero que tenía una hija; una hija que no pude encontrar cuando.... y esa jóven es sin duda la que me hizo estremecer, produciendo en mi mente un recuerdo, con una armonía vaga y perdida! Si fuese ella.... Si fuese.... si la Providencia las hubiese reunido acaso para castigarme... para volverme la paz acaso....

Héctor calló, pero sin dejar de mirar á las dos niñas que así absorbían su atención.

Elena, colocada al lado de Fanni, dejaba percibir claramente el purísimo perfil de su rostro, y el banquero, á pesar de la distancia, la distinguía perfectamente.

Sin embargo, á causa de esta misma distancia, vacilaba y empezaba á confundirse, puesto también que lo que le preocupaba era solo una semejanza, una sombra, un parecido.

—Si me habré engañado! murmuró; si lo que yo creo adivinar será solo una ilusión de mis sentidos, una vision producida por este acuerdo que me tortura de continuo! ¡Oh! es preciso que yo sepa quién es esa niña, que



Fanni me diga su nombre, y sobre todo.... sobre todo, el nombre de su madre!

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

### TRES DONES.

—Duerme la niña una á una  
horas de sueño profundo,  
mientras se mece en su cuna  
sobre el abismo del mundo

Indecisa  
vaga en sus labios de rosa  
blanda risa.

¿Quién vela con su presencia  
la paz de su frente hermosa?

—La inocencia.

—¿Por qué tu faz juvenil  
tiñe con suave pincel  
la púrpura con que abril  
pinta el boton del clavel?

Bello encanto,  
¿por qué bajas esos ojos  
que amo tanto?

¿Será desden?... ¿Será amor?...

¿Vanidad?... ¿Tristeza...? ¿Enojos?...

—Es pudor.

—Ya eres madre ¡oh dulce instante!

—Madre soy.... ¡dicha anhelada!

¿Qué ignoras?

—Ya sé bastante.

¿Qué temes?

—No temo nada.

—Piensa un poco.

—Frágil soy y el mundo es vano...

—Vano y loco.

—Mas no me causa inquietud.

—¿Quién te tendrá de su mano!

—La virtud.

José Selgas.

### LA VIRGEN DE LA ESPERANZA.

#### LEYENDA.

¿Quién no ha oído hablar de la deliciosa villa de Pórtici, iluminada, á la vez que por el sol brillante de Italia, por los resplandores siniestros del Vesubio, ofreciendo el contraste sublime del mal y el bien, de la luz que ilumina y el fuego que devora? En efecto; en la llanura, campos de flores, bosquecillos de mirtos y laureles, arroyos de plata que se esconden bajo arcadas de verdura; en la cumbre el monte árido y calcinado, y el cráter del volcan que exhala negro humo; en frente el golfo de ondas pérfidas y serenas. ¡Cuadro imponente, imágen de la vida: de la vida del hombre, cuyos dias felices se deslizan entre dos amenazas: la del pasado, que destruye cuanto toca; la del porvenir, que cual engañoso espejo vá reflejando los mismos pasajes que nos cercan, y reproduciéndolos hasta lo infinito, mientras

debajo de su tersa superficie solo existen los abismos de la muerte.

Por lo demás, la situacion de Pórtici es magnífica; agrupada en la costa del golfo de Nápoles, á los piés del Vesubio, y distante tan solo cinco cuartos de legua de la ciudad más bella y concurrida de la tierra, allí acuden tanto los viajeros como los habitantes de la capital á pedir sombra á sus bosques, aromas á sus pensiles, murmurios á la brisa y á las aguas que riegan los vergeles ó vienen en revuelto torbellino á estrellarse contra las rocas de la playa.

Embellecen á Pórtici infinitas casas de recreo diseminadas acá y allá, medio ocultas por los árboles; suntuosos edificios, y sobre todo, el magnífico palacio erigido por Carlos de Borbon, verdadero templo del génio, en donde se abrazan las antiguas y las modernas artes, compitiendo á la par en hermosura; museo único y precioso que conserva recuerdos de todas las edades.

El edificio, joya arquitectónica de un valor inmenso, está rodeado de parques, de jardines llenos de estatuas, fuentes de mármol, juegos de aguas cristalinas, templetos y belvederes que sorprenden y encantan al viajero, contrastando su aspecto risueño y apacible con el triste y severo aspecto de las ruinas de Herculano, que se divisan á cincuenta pasos de distancia, con sus calles silenciosas, con su teatro mudo como un cementerio. ¡Herculano! ¡Desventurada ciudad! ¡Cuál se estremece el alma al recordar tu nombre, símbolo elocuente de las pasajeras glorias de la tierra!

¿Pero cómo despues de tantos siglos han podido romper su sepulcro de lava esos monumentos y mostrar al mundo sus preciadas maravillas?

Hé aquí lo que cuentan las mujeres de Pórtici, mientras mecen en la cuna á sus hijos.

Hace más de cien años vivia allí un jóven pastor llamado Genaro, cuyos rebaños se reducian á seis cabritas blancas y seis manchadas; cuyos bienes se componian de una choza formada de estacas y cubierta de hojarascas. Pero poseia otro bien mayor que todos los tesoros de la tierra; una esposa jóven, bella y virtuosa, luz de sus ojos, regalo de su vida. El amor que se profesaban era como aquel cielo siempre puro, como aquel mar siempre sereno.

(Se concluirá.)

Ángela Grassi.

### SECCION INFANTIL.

#### CORONA DE LA INFANCIA.

#### FLORES DEL CIELO.

#### LAS ROSAS DEL PARAISO.

Era una tarde tibia y apacible.

Los primeros dias del mes en que la Santa Virgen María fué á purificarse al templo, cum-



pliendo la ley del Levítico, habían trascurrido ya, y á los intensos y crudos hielos de Enero, sucedían las templadas brisas de Febrero, precursor de la risueña y hermosa primavera.

El sol de Palestina empezaba ya á dar calor á los valles de Zabulon y Cades, y las moradas violetas perfumaban con sus primeros aromas las extensas riberas del Jordan y las pintorescas faldas del Carmelo.

Aquel sol de oro, pero sin fuego alguno en sus rayos, reflejaba sus últimos resplandores en las azules y transparentes olas del mar, que besaba los muros y arrullaba con sus rumores á la modesta poblacion de la antigua Cesárea.

Cerca de la playa, perdida en un extenso valle de verdura, y sombreada por las ramas de algunos sauces, una fuente serena y cristalina dejaba oír á lo lejos el suave rumor de su tranquila corriente.

En torno de ella, algunas jóvenes risueñas y alegres como los pajarillos que empezaban á buscar un nido en las ramas, llenaban sus cántaros, ó conversaban unas con otras, esperando la vez de colocarse en el pretil de la fuente.

—¿Sabeis lo que se cuenta? decía una doncella que apenas contaría diez y ocho años, llamando la atención de sus compañeras, ¿sabeis lo que se cuenta?

—No, respondió otra de ellas; yo vivo muy retirada, en la cabaña de mis padres, y nada oigo de lo que pasa en la ciudad.

—¡Oh! pues es una noticia, un acontecimiento que....

—Refiérenoslo tú, exclamaron todas, dejando sus cántaros y formando un cerco junto á la que acababa de hablar.

Esta tomó un aire triste y grave, y murmuró:

—Ha llegado á Cesárea un procónsul romano!

—¿Qué dices?

—¿Y qué motiva su venida entre nosotros, pacíficos é inofensivos hijos de los valles y de las olas, que pagamos humildemente nuestro tributo al emperador, y somos dóciles esclavos de sus caprichos y de sus leyes?

—¡Ay! que el señor de la altiva Roma no solo quiere arrebatarnos el sudor de nuestras frentes y el producto de los afanes de nuestros padres, sino que quiere también ser el árbitro de nuestra voluntad y mandar en nuestras conciencias.

—¿Cómo?

—La venida del procónsul Apricio tiene por objeto perseguir á los cristianos, y obligarles á que sacrifiquen sus creencias ante el altar de los falsos dioses.

—¿Y quién será tan débil ó tan impío que vacile un instante en el hermoso día de la prueba? exclamó una voz dulcísima y vibrante á espaldas de las doncellas de Cesárea, haciéndolas estremecer y volver la cabeza con rapidez.

—¡Dorotea! murmuraron algunas fijando sus ojos en la recién venida, ¡Dorotea!

Esta era una joven, una niña, pues apenas contaría catorce años; pero tan hermosa, tan celestialmente bella, que á su lado sus otras compañeras parecían fugaces estrellas rodean-

do á la pálida reina de la noche. Su túnica de lana, tejida en Egipto y blanca como la hoja de la azucena, su velo diáfano y transparente rodeando su frente de marfil, y cubriendo apenas sus rubios y brillantes cabellos la daban nueva belleza, prestándole un aspecto angelical, y dándole la apariencia de un serafín.

Paseó lentamente la mirada de sus serenos ojos por el grupo que formaban sus compañeras, y murmuró con su acento reposado y armonioso, como una música del cielo?

—¿Quién negará á su Dios por temor á los hombres? ¿quién olvidará el esposo celestial, por conservar una vida que Él nos ha dado y que á Él solo pertenece? yo creo que ninguna de nosotras; ¿es verdad, hermanas mías?

Las jóvenes rodearon á Dorotea dominadas por su ascendiente y subyugadas por el poder de su palabra, y todas repitieron una y mil veces que estaban prontas á morir antes que olvidar su Dios y sus creencias.

Si la envidia tuviese cabida en el cielo, los ángeles hubieran envidiado entonces á aquellas jóvenes tan puras, tan hermosas, tan inmaculadas, ofreciendo el sacrificio de su vida y de su sangre por amor á Aquel que les formara con su aliento; pero en los espíritus celestes no cabe un sentimiento terreno, y los divinos querubenes sonrieron llenos de júbilo al ver en aquellas niñas unas futuras hermanas.

Sin embargo, si el cielo se complacía en escuchar aquellos acentos; el génio del mal sentía su impuro seno devorado por la ira al ver aquellas almas que abandonaban su imperio, y juró no perdonar medio alguno para combatir su fortaleza y para vencer su fé.

Él fué sin duda quien guió hasta allí los pasos de un hombre que, oculto entre los sauces, oyó las palabras que Dorotea acababa de pronunciar y pudo ver á través de las ramas su semblante purísimo y encantador.

Aquel hombre era Apricio.

Dos sentimientos llenaron al par el corazón del procónsul romano.

El primero de admiración ante la belleza infinita de la niña cristiana; el segundo de siniestra alegría al pensar que en calidad de tal podía la pura y débil joven caer en su poder, como cae la blanca é indefensa paloma en las garras del gavilan.

Las doncellas de Cesárea llenaron sus cántaros, y preocupadas por la conversacion que acababan de tener, se dirigieron á sus moradas.

Apricio las siguió á lo lejos.

Dorotea se separó de sus compañeras despues de algun tiempo de marcha, y se encaminó á su modesta vivienda situada á la orilla del mar.

Cuando Apricio la vió penetrar en ella,

—Ya sé donde se oculta, murmuró entre una sonrisa infernal; ya sé donde se oculta, y veremos si esa fortaleza de que hace alarde, cede ante las amenazas ó vacila ante las promesas.

Y envolviéndose en su manto se dirigió al palacio de Druso, donde habia fijado su morada.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.—IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.